

largos días en una iglesia, debióse á que se le ocurrió á un jesuita interceder por ellos con versos de Virgilio, poeta idolatrado por Tilly. Con razon decia este que la matanza de Magdeburgo excedió á la matanza de San Bartolomé; y que la toma de tal ciudad solo podia compararse con la toma de Tiro y de Jerusalem.

Por mayo de 1631 perpetró Tilly el degüello de Magdeburgo; y en setiembre de 1631 tomó el desquite Gustavo Adolfo en la batalla de Leipsik. Tilly, que contaba setenta y dos años, es herido por tres balas; y sus soldados, que le creian del todo invulnerable, toman al rey escandinavo su vencedor por un verdadero brujo. El brujo extiende sus alas y corre de triunfo en triunfo hasta los últimos límites del Occidente germánico, aclamado por los loores de todos los protestantes que miran á una en él su glorioso redentor. Los ciudadanos de la vieja república de Nuremberg ofrécnle de rodillas la corona imperial. Gustavo Adolfo continúa sus combates y en cada uno de ellos recoge decisivos triunfos. Al empeñar uno de estos, el gran general católico Tilly pierde la vida; y Gustavo Adolfo, pasando sobre su cadáver, llega hasta las puertas mismas de Munich, vencida y rota, donde los escandinavos quisieron tomar desquite de los horrores cometidos en Magdeburgo. Impidiólo Gustavo Adolfo entonces; pero no pudo impedir luego venganzas propias de las fuerzas devastadoras que tiene consigo la muerte y de las naturales alternativas que con tanta frecuencia en las batallas se suceden. Lo cierto es que Alemania en su totalidad arde, que la causa católica sucumbe, que los alientos dados á los enemigos del Imperio por tantos favorables sucesos llegan á suscitar sublevaciones en las tierras de Hungría y á caer como un alud tremendo sobre la corona de Austria. Entonces Fernando II, acosado por tanto contratiempo, no tiene otro remedio sino acudir al brazo de su general por excelencia, de Wallenstein. Este, verdadero tipo del antiguo condotiero, no pudo ni quiso perdonarle jamás el ocio á que lo condenara por envidia y recelo en los tiempos mas procelosos de la guerra. Su cólera se reconcentró tanto en el retiro que llegó á enviar embajadores á Gustavo Adolfo diciéndole que si queria entenderse con él y mandarle quince mil escandinavos, darian cuenta, entre los dos, del Emperador y del Imperio. No aceptó el Rey de Suecia tal traicion por la repugnancia invencible que le causaba el traidor; y éste, una vez

de su negativa penetrado, cobróle aquel odio propio de tan perverso corazon. La guerra se agravaba cada vez con mayor gravedad, y Wallenstein se prometia ver alguna vez el Emperador á sus plantas. En efecto, fué á pedirle socorro poco menos que de rodillas por serviles emisarios. España y Baviera se oponian, pero Fernando consideraba que no tenian el Imperio y el Catolicismo ninguna otra esperanza de socorro en la devastada Germania. Wallenstein midió la distancia que separa un soberano de un súbdito, y deseó con descaro ser primero en el mando, ya que habia sido primero en la guerra y en la victoria. El César se desvaneció como un fantasma en aquel ejército. Grados, honores, ascensos, jurisdiccion, justicia, las facultades todas del soberano, y del soberano absoluto, así las legislativas como las ejecutivas, pasaron al bárbaro general, quien soñó desde aquel entonces con asaltar hasta el trono y ceñirse la corona, implacable, contra Fernando, que lo habia elegido, no por las inspiraciones de su conciencia, sino por los mandatos de la necesidad. Así, el Austria entera y con el Austria toda la Germania ortodoxa quedaron al arbitrio completamente de aquel hombre. Maximiliano de Baviera se resistió á reconocer su mando en jefe y no tuvo mas remedio que ceder por mandato del Emperador completamente atemorizado y rendido al dominio natural de la fuerza y de la violencia representadas por un hombre como aquel, que parecia tener un alma formada por la condensacion terrible de los vapores que producen las carnicerías y las matanzas de la conquista y de la guerra.

Pacificada Bohemia lanzóse Wallenstein ardoroso en busca del Rey escandinavo y lo encontró en las cercanías de Nuremberg. Los dos ejércitos enemigos se vieron frente á frente como dos ideas contrapuestas, pero no llegaron á las manos. El general católico fiaba su victoria en la descomposicion del ejército escandinavo; y el ejército escandinavo no queria por su parte acometer al general católico parapetado tras inexpugnables trincheras. Muchos dias estuvieron frente á frente unos de otros, y en estos dias empeñaron escaramuzas varias y aun varios encuentros mas ó menos terribles; pero no formal y decisiva contienda. Aquellos campos no podian sufrir la presencia de tales ejércitos, verdaderas naciones ambulantes, buenas tan solo para destruir y exterminar los territorios que las sufrían y soportaban. Hasta el aire se

habia hecho irrespirable allí por causa de las matanzas continuas y convirtiéndose de laboratorio de la vida en laboratorio de la muerte. Así Gustavo Adolfo pasó ante Wallenstein y sus tropas sin que le molestaran; y se retiró hácia el campo de Lutzen donde se trabó por fin la terrible batalla. Pocas veces hánse visto frente á frente dos enemigos por tal manera encarnizados y dos fuerzas tan iguales en el fondo y tan equilibradas. Eran los primeros días de setiembre. Una espesa neblina, como anticipado sudario, cubria el espacio inmenso, donde tantos vivos iban á caer en la muerte. El Rey Gustavo se arrodilló á la puerta de su tienda; con él se arrodilló todo su ejército en las respectivas posiciones; y elevaron suave cántico á las alturas, acompañado por las músicas militares tan propias de los campos, cántico semejante al elevado por los hijos de Israel cuando entraban invocando al Dios espiritual y único, frente á los reyes idólatras y sus perversas huestes. Concluida la oración el Rey sube á caballo y recorre todo el frente de su ejército, animándolo con su imperiosa y concisa elocuencia. Eran las once de aquella terrible mañana, cuando la niebla se desvaneció y pudieron los dos ejércitos verse y combatirse. Un espectáculo bien horrible se presentó aun para ojos acostumbrados al horror. Lutzen ardia, por haberle prendido fuego Wallenstein para evitar un ataque de flanco.

Corren los dos ejércitos á encontrarse y lanzan los dos gritos que mejor explican la inenarrable contienda. Los imperiales vociferan el nombre de María, poniendo su odio bajo la invocación de la Virgen Madre del amor cristiano; y los protestantes vociferan la incomunicable palabra «Dios», como si el autor de toda vida pudiese bendecir esos horrores de la matanza y de la guerra. Los mosquetes, los cañones, producen tal estruendo que no parece aquello una batalla, parece una tormenta. Diríase que unos y otros han robado sus relámpagos, sus truenos, sus centellas, sus fulminantes rayos al cielo. La furia escandinava no tiene freno; las manos de sus soldados se agarran á los cañones humeantes que vomitan fuego contra ellos y los vuelven hácia la faz de los mismos que los dirigen; la primera de las brigadas imperiales cae y la segunda retrocede. Hubieran todas al pánico terrible retrocedido si no las alienta y reanima su gran general azuzándolas contra un enemigo valeroso, diezmado y enflaquecido por la muerte. A tal momento de la batalla

ceden las armas de fuego á las armas blancas, únicas en verdad esgrimibles, cuando se han tocado los dos ejércitos uno contra otro y luchan los combatientes cuerpo á cuerpo. Así los dos ejércitos se devoran y exterminan sin adelantar ni retroceder un paso, mantenidos por la pujanza de su furia. Entonces la infantería escandinava siente un asomo de verdadero desmayo y su Rey corre á sostenerla y arengarla. Pero, en tan vertiginosa carrera, su heroico valor y su incontrastable ímpetu le acercan tanto al enemigo, que un arcabuz imperial puede troncharle con su bala el brazo. La sangre del héroe cae sobre su propio ejército y produce mayor estrago que la metralla del enemigo. Inútilmente reconcentra el herido su ánimo en supremos esfuerzos y pide á su voluntad imperio sobre su cuerpo. Pero en el momento de apartarse á un lado para ocultar á los suyos su agonía, las ráfagas de aquel huracan lo echan por tierra y lo acribillan con su granizada de fuego. Las pezuñas del caballo croata patean y profanan aquel sagrado cuerpo. Su propia cabalgadura, desmontada y tinta en sangre, corriendo por las líneas del ejército, anuncia la muerte del héroe á los suyos. Este anuncio terrible no los desconcierta. Ninguno quiere ya la vida para sí una vez acabada la que los encendia y animaba con su luz y con su calor á todos. Lánzanse, pues, á matar con el ímpetu y el arrojito de aquellos á quienes en su desgracia nada les importa morir. El ejército imperial sucumbe cuando un refuerzo nuevo lo alienta, la llegada de un general con tropas de refresco. Pero el combate continúa sin que pueda suspenderlo ni la victoria ni la muerte. Los dos enemigos quedan en el mismo campo sin que ninguno pueda ni decirse victorioso ni decirse vencido. La noche con sus tinieblas los cubrió á todos como la muerte los sepultó á todos en el mismo suelo con su igualdad implacable. Si de algun lado se inclina mas la fortuna es del lado de los escandinavos. Pero Escandinavia con la muerte de Gustavo Adolfo ha perdido su alma. Y aquí termina el tercer período de la guerra de Treinta años.

¿Qué se ha hecho el general de los ejércitos católicos? Todo el mundo esperaba que despues de Lutzen, donde su mayor enemigo desapareciera, no dejara en paz á los protestantes y les infligiera derrotas terribles. Pero deja que tomen á Ratisbona y que las tropas imperiales sean vencidas en Baviera, en Sajonia, en el Rhin. Retirado á Bohemia, como si no sucediese nada, dis-

tribuye los castigos y las recompensas, despues de largos informes entre los oficiales, cual si no existiera ya en Alemania ni el Emperador ni el Imperio. Su ejército innumerable no acampa en tierras enemigas, acampa en tierras imperiales que perecen devastadas por aquella espesísima langosta. Si el Emperador no hubiera menester tanto de su gran general despidiéralo entonces, porque, á no dudarle, delataba por lo menos una perplejidad peligrosa la inaccion incomprendible. Gentes mas ó menos industriadas en sus proyectos, decian á la corte que Wallenstein conjuraba con verdadero empeño á los escandinavos y á los protestantes para entenderse con ellos y derribar el Imperio, extrayendo para sí de aquella demolicion una corona, objeto principal de sus anhelos. El Emperador le manifestó su desconfianza, quitándole sin vacilaciones una parte de sus tropas. Y el general se vengó de tal desconfianza dejando que los luteranos corrieran á su antojo por donde les pluguiese. Nada podia irritar tanto á la corte y á los jesuitas. Así, difundian respecto á él los rumores mas desfavorables, mantenidos por los celos de Baviera que amenazaba con unirse á Suecia, y por las obyurgaciones de España que notificaba su propósito de no expedir ni un hombre ni un cuarto mientras tuviesen tal cabeza las tropas católicas é imperiales. Fernando le quitó la direccion de los tercios italianos para decirle cómo empezaba su disfavor. Entonces el gran general se dirigió á su teniente Piccolomini por el plausible motivo de haber bajo su misma constelacion nacido y le comunicó su proyecto de volver las armas del ejército puesto bajo sus órdenes contra el Emperador y el Imperio. Murmuró algunas observaciones Piccolomini en los oidos de su jefe, pero al verlo tan resuelto, meditó si podria cortar su traicion espantosa con otra no menos espantosa traicion, y se avino á su acuerdo. Alentado por tal motivo y tal auxilio, aquel soberbio que no sentia escrúpulos ni estimaba ninguna dificultad por fuerte que fuese, reunió las tropas y les propuso la desercion. Pero como notase que vacilaban, quiso partirse; y entonces todos se ligaron á él, creyendo no faltar al Emperador si le conservaban el mejor de sus generales. Pero Piccolomini informó á la corte de todo cuanto se tramaba, y la corte mandó un general encargado de imponer la imperial autoridad al ejército. Este general se llevó parte de las tropas, mas no las que se hallaban cerca de Wallenstein. Apoyado por ellas corrió en busca de los sajones y de los es-

candinavos, para ponerse á su frente y derribar al Emperador. Mas en esta marcha detúvose una terrible noche sin grande acuerdo en castillo donde la traicion le aguardaba; y allí le mataron á él y á sus principales partidarios, pocos momentos despues de haber absorbido su alma y su vista en la contemplacion de los astros para preguntarles cuál debía ser su terrible suerte, cuando ya brillaba en sus espaldas la partesana con que debian sus asesinos rematarle, cual remata un carnicero al rendido toro en la sangrienta carnicería.

En 1633, año de la muerte de Wallenstein, acaba el período que podemos llamar escandinavo, y empieza el período que podemos llamar franco. Richelieu quiere á toda costa levantar á Francia; y para levantar á Francia comprende que necesita destruir al Austria en la frontera oriental y destruir á España en la frontera occidental de su monarquía. Como Antonio Perez aconsejaba en su maquiavelismo á los aragoneses que se hicieran protestantes y republicanos, Coligny aconsejaba constantemente á los Valois que se pasaran al Protestantismo, y que, apoyados en Inglaterra, en Suiza, en Holanda, en Dinamarca y Suecia, en los príncipes luteranos de Alemania, destruyeran las dos grandes naciones católicas, el Austria y España. Las vacilaciones de Carlos IX y la debilidad incurable de Enrique III no sustentaron esta política esencialmente francesa con la debida energía. Pero Enrique IV, luterano de nacimiento, aunque católico por ambicion, así como dentro de Francia mantuvo la tolerancia religiosa por el Edicto de Nantes, fuera de Francia mantuvo la política internacional luterana por su enemiga implacable tanto á España como al Austria, y su inteligencia estrecha con Inglaterra y con Holanda. Richelieu era católico, y además de católico era cardenal; pero antes que católico y antes que cardenal, era francés. Ardiente patriota, comprendió cómo la pujanza de Francia estribaba en la debilidad irremisible de Austria y España. Y apoyó á los príncipes luteranos en Alemania y socorrió con crecidas sumas á Gustavo Adolfo de Suecia. Hizo mas; exponiendo á los ojos del papa Urbano VIII las dificultades que le traian tanto Austria como España en Italia, poseedora la una de Nápoles y el Milanesado, poseedora la otra del Tirol y de la corona imperial tan aborrecible á los Pontífices; impulsóle para que subrogara sus intereses religiosos á sus